

LEONARDO STELIO

NOVELA INÉDITA

POR ALBERTO NIN FRIAS Y EMMANUEL MARTÍNEZ

PREFACIO

Me pides, caro Sordello, el relato de mi vida. Dada la sinceridad de tu alma, estoy seguro que te agrada imponerte de ella y sus acontecimientos tal como fluyen estos de mi memoria, sin rebuscamientos literarios. Sólo dejaré que hable el corazón.

Te las dedico gustoso, porque al encontrarte en mi camino, puedo repetirme lealmente uno de tus lapidarios dichos, con respecto a un amigo común: "al tratarte me conocí mejor y tuve de mi mismo una idea más alta."

Las amistades no se improvisan, se cultivan.

La nuestra creció bellamente, porque desde un principio, colocamos entre nuestros sentires, el cariño intenso hacia nuestras madres y pusimos a Dios, entre nuestros pensamientos.

La amistad entre dos hombres, solo puede ser eterna, cuando la unión de sus voluntades tiende a las construcciones de un estado de cosas más hermosas y sugestivas. El idealismo ha sido su nota dominante y el apurar la consumación de algo que, antes de conocerlos, no existía aún.

Recuerdo y con deleite lo evoco como corrió la infancia de esta bendita fraternización en el coro de San Francisco, a la luz misteriosa de los cirios del altar y las suaves filtraciones de la lumbre matinal. Allí, mientras tu espíritu se elevaba al Eterno, levantaba yo, en alas de la melodía, mis congojas y alegrías también. Juntos, cuantas veces contemplamos el maravilloso panorama de los Andes inmortales, en cuyas laderas verdesas pacían los animales domésticos, iluminados por un sol que sabía a gloria de las mas altas cosas del "refugio de inmortal santidad" cual canta Fray Luis de León, el Virgilio Cristiano.

¿Y no has vuelto a sentir aquel arranque de nuestros espíritus, en el mismo momento sublime, hacia las cumbres de lo ideal, cuando escuchamos la canción del Solveig, la amiga de la infancia del soberbio Peer Gynt!

Con aliento y amor nos arrulló también a nosotros aquel canto, tan justamente llamado el canto de natura.

Veces sin fin la noble perspectiva de la Alameda de las Delicias fué el teatro de paseos nocturnos en que concertamos cuanta cosa bella.

Y Valparaíso fué para nosotros un valle de paraíso donde la mar, en su sereno azul, parecía invitarnos a la fresa de su "eterno rocío".

Decía bien el amante Leonardo de la "Noche del Sábado", que para realizar algo grande en la vida, hay que destruir la realidad; apartar sus fantasmas que nos salen al paso; seguir como única realidad el camino de nuestro sueños...

Espero cual tu, armonizar con las melodías de mi vida, un porvenir que sea para ambos de eterna quietud...

EL HOGAR

PRIMERA PARTE

CAPITULO I

Nací en un pueblito del Sur donde la naturaleza ha sido tan pródiga en árboles gigantes, torrentes caudalosos y el horizonte del cielo, vedado por la muralla Andina. Fué en el mes de Mayo, en que nacen según la Astrología, personas de genio alegre e ideas avanzadas. Lo primero, creo poseerlo y es el tesoro de mi alma. Y esta tendencia se ha traducido en mi organización fina y sensitiva, en el poder de la imitación. Este razgo, el germen verdadero del temperamento artístico, había de ser el que mas tarde, me llevase a un cambio radical en la vocación de mi mentalidad.

Como fué el primogénito, mi padre celebró con el más efusivo de los entusiasmos mi venida al mundo. De espíritu ardiente y batallador, esperaba dar a la patria un soldado en la persona del hijo de su alma.

En su loca alegría paterno, al estrecharme entre sus brazos, veíame ya condecorado con las cruces y medallas de todas las instituciones militares. No lo será siempre un misterio para la biología, sobre todo si la ciencia siguiese el derrotero mental de Prentice Mulford, pero he observado la marcada inclinación del hijo primogénito a un sistema nervoso sumamente predisposto al refinamiento en cuanto se relacione con los sentidos.

Los primogénitos están más inclinados que los otros hijos a dejarse llevar lejos por ideas nuevas y a abandonar con mas facilidad las costumbres establecidas. ¿Estrribará la razón de ellos en la mayor concentración de la madre en la formación del nuevo ser y por consiguiente en transmitirle más de su natural plasticidad para las sensaciones o en otros fenómenos, aún desconocidos por nosotros?

Muy otro que el anhelado por el autor de mis días, había de ser mi destino. Al ser devuelto, sonrosado y exuberante de carnes al regazo materno, la madre mía pensaba de distinta suerte.

Dirigiéndose al Eterno con todo el fervor de su alma, ofreció sin reservas el fruto de sus entrañas y quiso a semejanza de Ana, dedicar su pequeño Samuel al servicio del templo del Señor.

Es la hermosura de la santidad que hace profetas de los seres que la cultivan y sus corrientes serenas se traducen en salud y felicidad.

Con la innata bondad de su alma pura y una inteligencia natural muy desarrollada, acaso mi madre, presintiendo algo nefando en el curso de su vida de esposa, quiso con esta sublime promesa, contrarrestar el derrumbe de

un gran ideal. La vida, en su trascurso no respondió enteramente a su esperanza, pero cualesquiera fueron sus numerosas vicisitudes, fué el hijo inmolado al Amor Divino, el que estuvo más cerca suyo en todo momento.

De como la realidad dió razón al ideal materno, en parte, lo repito, darán razón estas páginas. Apenas salí de la edad primera, mis prematuras impresiones fueron netamente religiosas.

Junto con las dulces palabras de "madre" y "padre", empecé también a balbucear, en la picaresca media lengua de los nenes, la salutación angélica y el Padrenuestro. Nunca se me permitió entregarme al blando sueño, sin rezar mis oraciones cotidianas. Sabía costumbre que la intuición ha puesto en práctica y que hoy la psicología aprueba. Nos dice la ciencia del alma que la mente está siempre despierta, y que el desarrollo de la mente subconsciente se halla grandemente influenciada por las últimas impresiones que recibimos antes de acostarnos. Bello, útil y saludable el ingresar al vago mundo de los sueños, con ideas de altruismo, de confianza en la bondad de Dios, de íntimo agradecimiento y anhelante esperanza de que el día próximo esté más lleno de sol.

Padre querido, yo quiero que el día de mañana se aña, más feliz que el de hoy.

En la fuente de todos los bienes, que es Tu mente infinita, beba abundantemente mi espíritu.

Yo quiero el poder, la sabiduría y la riqueza para servirte mejor

Acrcienta en todos los hombres sus poderes para el bien.

Además de ello, se preocupó mucho mi madre de formar mi corazón en el santo temor de Dios.

Para inculcarme la sumisión, de que tanto había de necesitar más tarde, recuerdo enseñome unas estrofas que aún tengo presente.

"Érase una niña que se llamaba María,

Por lo sumisa que era todo el mundo la quería

Si su mamá le decía: "no toques eso."

Se retiraba en el acto, corría y le daba un beso."

Por ser el primer nieto, mi abuelo, me hizo su compañero constante. Le he oído referir muchas veces, una anécdota de mis tres escasos años. Parece que habíamos almorzado algo escasamente en casa de un pariente y como yo era un niño fortacho, difícil de satisfacer, díjeme que no fuera a decir hubiésemos comido. Hízole mucho gracia la ocurrencia y desde ese día túvome por un niño aventajado y despierto.

Bueno es repetir delante de los niños algún hecho que los fortifique en la conciencia de su valer. Este anhelo silencioso semeja una oración y nos forma mentalmente la cualidad deseada por nuestros mayores.

Crecí casi solo, no juntándose a mis actividades de niño, sino mis hermanos más pequeños. Si según Ibsen, fuerte es el hombre solitario, debe acontecer lo propio con el niño, pero fuerza es agregar que constituye el camino más largo del éxito. Los niños como los hombres que viven en agrupaciones, andan más de prisa, porque de inmediato se forman dos castas: los dominadores y los dominados.

Esta manera de educarse contribuyó poderosamente a que mi corazón se conservara ajeno a toda impureza y a las modalidades del mundo.

Que t'importe que tu sois seul!

Si tu es pur, si ton ame est belle.

El aislamiento de la familia da unidad a sus componen-

tes. La soledad nos hace ver nuestro ser tal cual es. He aquí porque propende al ensueño.

Tenía yo seis años y mis padres bien jóvenes aún, entregados a la dicha tranquila de su amor, cuidaban de nosotros con todo el esmero, que pone un experto jardinero en sus rosales.

Las rosas en todo su enardecido esplendor bien pronto habían de marchitarse.

Era nuestro destino que la felicidad, que he descrito, y la santa calma de las cosas buenas, no fueran perdurables.

En la llama maligna del alcohol iba a perecer la idílica beldad de un hogar sencillo y sereno.

Quiero rememorar aquí un pasaje tristísimo de mi existencia, que es el premio de una serie de sufrimientos, que marcaron rumbos distintos a mi hogar.

Era la tarde de un domingo de primavera, mi padre, según costumbre, llegó a la hora de almorzar, trayendo para sus hijos, dulces y flores!

El almuerzo se desarrolló en un ambiente de la más ideal alegría.

Después de este acto familiar, salió mi padre con la promesa dada a mi madre de regresar a buscarnos para pasear.

Desde el momento de su partir, mamá presintió que algo funesto iba a acontecer.

¡Nunca se va tan lejos en la desgracia como cuando no se sabe adónde nos va a conducir!

Largas pasaban las horas, aguardando la tarde vuelta del padre al hogar.

Yo, como el más grandecito, veía defraudadas mis esperanzas de pasar una tarde de algazran infantil.

El corazón de la madreita se sobresaltaba minuto por minuto.

Por fin se sintió el ruido de un coche en la puerta de la casa.

Locos de júbilo, salimos al zagán para recibirlo, pero un cuadro espantoso se presentó a nuestra vista.

Mi padre no podía tenerse en pie. Venía ebrio...

Las sombras de la noche parecían querer ocultar a los ojos de los vecinos, la escena desoladora que podía comprometer el nombre de un hogar hasta ese día sin mácula.

Ayudado por un mozo, lo tendieron sobre la cama.

Mi madre no atinaba qué hacer, tan ausente de su ánimo esperanzado y amante, estaba un hecho semejante.

En su desesperación me llamé a su lado, y de rodillas, al pie del lecho, me hizo rezar: "Llamé a Dios con mi voz; llamé al Señor, con ella y el me escuchó.

En el día del pesar busqué a Dios, con manos levantadas, durante la noche y no se me engañó.

"Pide con todas las fuerzas de tu alma, a la Santísima Virgen que proteja a tu padre y dirija sobre nosotros, sus ojos misericordiosos".

¡Cuán dichosos pudiésemos haber sido, a no haber existido el monstruo de laeres ojos! La vieja alegoría del siempre lozano Homero es de actualidad. Al aproximarse a Circe, la encantadora, convirtiéndose en cerdos los hombres, tal se substituye a la propia naturaleza, la que adquirimos cuando una sensación cualquiera nos hace su presa. A un mundo de zozobra, a una playa, rara vez visitada por el arrobamiento de las horas serenas, conduce el exceso alcohólico.

¡Qué solos y sin consuelo se quedan y dejan a los que aman los beodos!

Lo que yo debí sentir con la repetición de este descalabro, nadie veía, sino mi pequeña alma. El sufrir con el

tiempo la hizo a veces manifestarse un tanto áspero, más bruto siempre tras esa ráfaga de una gran ilusión perdida, una gran ternura por los seres buenos y una infinita serenidad frente a los malos.

Por contraste y en vista del futuro ministerio fuese cristalizando entre las cualidades de mi ser moral, un gran dominio sobre mí mismo.

La vida nos enseña, escribe Goethe, en su más noble producción dramática, "Ifigenia", — a ser menos severos con los otros que con nosotros mismos.

"Aprende tu también la lección. Tan maravillosa

Es la natura humana y sus diversos lazos

Están tan revueltos y complicados, que ninguno

Puede esperar mantener puro su más íntimo espíritu

Y andar sin perplejidades por la vida."

II

Durante los tres años siguientes, nuestra vida fué de constantes alternativas. Lucieron a veces días de bonanza, por estos no eran sino la preparación de horas más aciagas. Seducido por el mundo bohemo, mi padre ya no se preocupó mayormente de sus asuntos y así fué disminuyéndose cada vez más el patrimonio de sus hijos.

Nos vimos obligados a recluirnos en una casita bien pequeña.

A pesar de todas estas contrariedades, mi alma cobraba nuevos bríos y vislumbraba horizontes, que dada mi poca edad no acertaba a precisar.

Sería que mi espíritu presentía la hora santa, tal como un artista en colores la concebía. Un esbulto maneco de atléticos contornos va en pos de la aurora, levantados los brazos hacia regiones que son tierra de promisión. Le siguen, por un lado, dos discípulos del ideal cristiano, arrebujados en el brazo fraternal; por otro, una bellísima madre con su hijo desnudo y una doncella, virgen de cuerpo y alma, el místico éxtasis en los abiertos ojos.

Un hombre se arrastra cual sierpe hacia el divino amanecer, que buscó alucinado en la tempestad de las sensaciones deliciosas. Arrepentido, por fin percibe el suave aroma de las hierbas que saludan a la divina luz que las despierta a nueva vida. A semejanza del mensajero mozo, veáame yo, paso alegre a la conquista del reino de la diótro interior.

Tú que tienes la costumbre de rodear tu pieza de dormir de la más profunda y espiritual belleza, poseses cuadros que me transportan al panorama de estos días grises y tardes del melancólico otoño. Amenudo cual en un cuadrado que envía su luz suave al respaldar de tu lecho, veáame de hinojos, la rubia cabecita contra la blanca colcha, meditando en el mundo sereno donde Jesús reina con sus ángeles fieles. Y como en otro cuadro en que el divino niño señala el sexto mandamiento, lo tenía siempre presente.

Dióhoso el ser que vive en el mundo de su propia creación; el ensueño en su alma y la luz de un porvenir sereno en su mirar.

Relata el escritor bien amado de los adolescentes viriles, Luis Roberto Stevenson, que cuando era chiquillo y vivía en la costa del Firth of Forth, Escocia, jugaba con sus compañeros a un deporte, tan simbólico como la fiesta sagrada de las teas en Atenas. El deporte era sencillísimo y se reducía a encender una pequeña linterna de ojo de bucy, ajustarla a la cintura, mediante una correa y luego esconderla bien debajo el sobretodo e ir así al encuentro de sus otros camaradas en lo más profundo de la noche.

Este juego participaba de la senillez de las cosas gran-

des. Denotaba en los niños, cuán cara era para ellos el divino poder de la imaginación, que un sabio malhumorado llamó la loca de la casa; debiéndole bautizarla, el arquitecto de la misma.

Sabíame pobre en bienes materiales más rico en el hondo cariño hacia mi madre. El saberse bueno, leal, fecundante, agregado al fulgor de la savia joven proyectaba en torno mío, atmósfera de cielo azul, donde nubes blancuecinas y cargadas podían pasar cuan lentamente quisieran, pero nunca decidirse a producir la tormenta. Aman-te, fino, sensitivo, el temperamento fíase templando en el yunque de un safrir apenas percibido.

Aunque no presto mucha fe al simbolismo de los sueños, no puedo dejar de reconocer que la narración que tuve de uno de mi madre, me hizo profunda impresión y posiblemente me dió a conocer la vocación de mi vida.

He aquí las imágenes del sueño: divisaba mi madre; suspendido en el espacio, un enorme globo de color blanco y negro. Era coronado por una cruz; a los lados, por donde va el canastillo, había una especie de balustrada, dando sitio suficiente para que cupieran dentro, un altar y un sacerdote arrodillado en sus gradas.

El Ministro de Dios estaba en actitud de orar. Por la nueca del mismo, reconocí la madre mía que se trataba de su hijo.

El globo comenzó a dar vueltas por encima de la huerta de nuestra finca y después, rodeado de un cúmulo de nubes purpúreas, fué a ocultarse en la mar.

Como este relato es ante todo un diálogo contigo, Sordello, voy a recordar aquí algunas de tus ideas respecto a los sueños, ya lo se de antemano que tú me dirás que en el pasado el Espíritu sublime mandaba sueños proféticos a los que vivían en su santa ley. Pongo por ejemplo: José Daniel en el Antiguo Testamento. De ahí concluyo que cuanto más elevada sea la condición del soñador tanto más las escenas de sus sueños estarán visitadas por las celestiales esencias. La mayor parte de los sueños, dice, sueños son, elucubraciones del cerebro sobreexcitado.

Mas los hay, sobre todo si se piden a la mente infinita, que nos revelan clara y terminantemente "como el pecho de un amigo, penetra mi pupila, sus profundos arcanos y misterios". Así habla Fausto cuando después de conocer la viva llama del senno virgen, va de la naturaleza en pos para satisfacer el insaciable anhelo de su espíritu inquieto. Más humildes nosotros, pero tan deseados de conocerlo todo, buscamos por todos los medios agrandar nuestro percepto del mundo visible y del invisible, que nos tienta como una mujer desnuda y velada.

La interpretación de los sueños estriba en traducirla por lo contrario que expresan. Así por ejemplo, un entiero significa alegría y así por el estilo.

Cabe en todo ello una explicación que la misma ciencia no desdénaria por la lógica que la acompaña. Si cada hombre se preocupase de una manera constante y conciente de las realidades supra-sensibles, veríamos que los sueños obedecerían a principios fijos. Teniendo el cuidado de anotar nuestros sueños todos los días y observar la conducta seguida al día siguiente, veríamos en ellos una predisposición profética de los acontecimientos a producirse y ante toda nuestra actitud mental hacia ellos; no puede fijarse una ley general, son leyes privadas de cada organización cerebral.

¡Feliz el hombre que sabe sustraerse durante algunos fecundos instantes a la superestructura del mundo que se agita y brama, y allí comienza el estudio de las cosas que serán!

En el dorado telar de las imágenes nocturnas, proyectose un día, la viviente imagen de un joven que había muerto, dejando tras sí la desolación en un hogar de multimillonarios. Nostálgico del magnífico saber de los hombres, pedía a sus padres, que levantasen en el sitio más diáfano del "Cuerno de oro", una gran universidad, dedicada especialmente para los jóvenes pobres.

Ese fué el origen de una de las maravillas de California, Stanford University.

Suspiran en mí, cuando en estas tus ideas, medito—que si no son ciertas, por lo menos son bellas,—los versos de "Los intereses creados" del genial Benavento.

Alma del silencio que yo reverencio
Tiene tu silencio la inefable voz,
De los que murieron amando en silencio,
De los que callaron muriendo de amor,
De los que en la tierra por amarnos mucho
Quizá no supieron su amor expresar.
No es la voz acaso que en la noche escucho
Y cuando amor dice, dice eternidad".

Bien puede ser que en ese apartamiento de los mezquinos apetitos del día, irrumpa en la vía de las ideas, un claro rayo del esplendor divino.

(Continuará).